

Hombre de su siglo

hombre de todos los tiempos¹

Álvaro Matute



NUNCA CONOCÍ PERSONALMENTE A GUTIERRE TIBÓN, a pesar de que se trata de una de las figuras intelectuales de las que tengo noticia desde mi niñez. Cuando la televisión mexicana era todavía artesanal, *naif*, había un programa de concurso en el cual giraban una enorme rueda con nombres dispuestos en orden alfabético hasta que se detenía en alguno. Entonces, intervenía Gutierre Tibón quien explicaba el origen y significado del nombre escogido. Luego seguía el giro con una rueda que contenía apellidos, y lo mismo. El concurso debió haber consistido en que los primeros que se llamaran tal y se encontraran en el público o hablaran por teléfono, ganarían algún dinero; después los que tuvieran ese nombre y el primer apellido, y más adelante ganarían más aquellos que también tuvieran el segundo apellido seleccionado.

Tibón, en todos los casos, explicaba el origen y significado de nombres y apellidos. A los pocos años que debo haber tenido, me impresionó ese hombre sabio que podía decir tantas cosas de algo que simplemente servía para identificar a las personas. No sabía entonces qué cosa era un filólogo, sino que lo aprendí de bulto. Desde entonces le cobré una

gran admiración a Gutierre Tibón y con los años leí algunos de sus libros. Hacerlo es toda una aventura. Se está ante un representante enorme de lo que significa la más alta erudición.

¹ Prólogo al libro *Gutierre Tibón. Lo extraño y lo maravilloso*, antología de Miguel Ángel Muñoz, México, CONACULTA, 2009.

Por contraste, he tenido el gusto de conocer y tratar a Miguel Ángel Muñoz (Cuernavaca, Morelos, 1972), y a pesar de haber alcanzado mucha familiaridad en nuestro trato, no deja de sorprenderme su capacidad de escritor, promotor de la literatura y el arte, historiador y —al igual que debe haberlo sido Tibón— estupendo conversador. De Miguel Ángel Muñoz escribió el propio Tibón que “vive enamorado de una palabra: cultura, y quiere ser su cultivador”. De hecho lo es, y su radio afortunadamente trasciende el ámbito de la capital de Morelos. Increíble, pero su revista *Tinta Seca* ya tiene quince años, cosa nada fácil para una empresa privada y, por añadidura, de provincia. El secreto tal vez radique en que es un provinciano cosmopolita, si los hay; Muñoz, antes de cumplir los 35, ha dado lección de *promotoría* cultural. Su cosmopolitismo lo lleva a entrevistar a cuanto escritor, artista o historiador se le presente y sea, desde luego, digno de su interés. Así, ha recogido las palabras de talentos de muchas partes del mundo. La Cuernavaca de Muñoz puede estar en París, Venecia o Madrid. Ahí está su palabra en busca de otras palabras —las de sus interlocutores—, con las que construye diálogos que entrega a los lectores, diálogos bien dirigidos, interesados en mostrar al entrevistador en sus mejores facetas.

Gutierre Tibón tuvo la fortuna de ser entrevistado por Muñoz; Muñoz tuvo la fortuna de dialogar con Gutierre Tibón, y de ese intercambio resultó este libro en el cual es posible recuperar una trayectoria de lucidez, de pasión, de inteligencia.

Es posible abordar al milanés de nacimiento y mexicano por adopción, Gutierre Tibón, desde muchos ángulos. Uno de ellos permitiría entroncarlo con los italianos que han viajado a nuestras tierras y se pierden en la época, entre los que destacan Gian Francesco Gemelli Careri y Lorenzo Boturini, y que prosiguen en los siglos XIX y XX con el comerciante Adolfo Dollero y, finalmente, con Gutierre Tibón. Podría haber un paralelo entre Boturini y Tibón, en la medida en que ambos provenían del norte de Italia y profundizaron en aspectos fundamentales de la lengua y la cultura náhuatl. El paralelo puede ser tan falso que no resistiría un análisis, pese a ello, los dos tuvieron sabiduría e intención filológica para llegar a la historia por la vía de la lengua. Según Boturini, el precepto viquiano así lo indica. En Tibón, en cambio, acaso fue la intención, aunada a su erudición, la que lo llevó a operar de esa manera en obras tan ricas y plenas como la *Historia del nombre y de la fundación de México* (FCE, 1975), indudablemente su obra mayor, la más significativa. El otro paralelo, en este caso divergente, entre Boturini y Tibón fue la fortuna: muy adversa con el primero fue sin embargo pródiga con el segundo, que llegó a ser nonagenario, conservando su lucidez y recogiendo el reconocimiento que los mexicanos le tributaron.

Caso interesante el de Gutierre Tibón, también, porque floreció como historiador, filólogo y antropólogo en un siglo en el que la profesionalización académica

de esas actividades fue lo que privó, tendiendo a expulsar de los cenáculos a los sabios que no pertenecían a las instituciones cuya vida y sentido radica en propiciar la investigación. Tibón, aunque no fue académico, sí tuvo la formación propia para el caso, y fue aceptado por miembros importantes del mundo institucional mexicano. Cabe considerar aquí que la titulación es, sin duda, una patente, pero que afortunadamente no excluye a quien no la tenga. Qué bueno que existen los sabios no académicos como Gutierre Tibón, Ernesto de la Peña, Arrigo Coen Anitúa y José E. Iturriaga, entre otros, que pueden o no dar clases, diplomados, conferencias o dedicarse libre y tranquilamente a investigar sin rendir informes a las autoridades o a las agencias del ogro filantrópico; dirigen, que les tienen sin cuidado el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y el informe de fin de año. Su sabiduría está en sus libros, en sus comunicaciones verbales o escritas y sus lectores y escuchas así lo reconocen y premian. De esta forma Gutierre Tibón pudo acumular una enorme y rica biblioteca, viajar por todo el país en busca de lo que le interesaba y le llamaba la atención y también, ¿por qué no?, equivocarse asumiendo el riesgo de hacerlo.

Recorrer la experiencia vital de Gutierre Tibón implica recibir una enseñanza en la que el mensaje más claro es la pasión. Sin ella no se le pueden entregar a nada las horas de lectura, de búsqueda. Tibón fue un apasionado de la cultura mexicana pasada y presente, porque entre otras cosas, no separaba pasado y presente, sino que los entendía en su continuidad y, por consiguiente, tenía fe en el porvenir que le aguardara a México. En ese sentido es refrescante leer las palabras de ese nonagenario optimista que compartía creencias profundas y no se abatía por las superficialidades.

Seguir su vida significa recorrer un camino que arranca del campo lingüístico y que penetra en la arqueología, la etnología y la historia sin establecer de manera drástica las fronteras entre unas y otras, sino que

permite asistir al *continuum* que debe darse entre ellas, al fin ciencias humanas. Tibón se aplicaba a su objeto de estudio sin importarle dentro de qué disciplina ubicarlo, antes bien establecía las relaciones que le parecían evidentes entre los restos del pasado arqueológico y la etnografía presente, sin desdeñar los aportes lingüísticos —si se trataba de universos como los de Pinotepa Nacional u Olinalá— o enfrentando una historia sin límites disciplinarios como la del nombre de México, que lo llevó a sus inquietantes indagaciones sobre el simbolismo umbilical. Feliz Gutierre Tibón que podía escribir tranquilamente sobre el ombligo y decir cosas interesantísimas sobre los significados atribuidos al considerado centro corporal. Sólo un gran erudito con mente libre podía hacerlo y debemos agradecerse, así como a Miguel Ángel Muñoz por haber recuperado a un hombre fuera de serie, como lo fue el autor de la columna “Gog y Magog”, que por tanto tiempo apareció en las páginas del diario *Excelsior*. Hombre de su siglo, fue igualmente hombre de todos los tiempos. Si fue nuestro contemporáneo, bien pudo haberlo sido de los Sforza o los Visconti de su Milán natal, con los que se pudo haber entendido de la misma manera como lo hizo con las personas humildes de Pinotepa y Olinalá, en tiempos en los cuales nadie se acercaba a ellos y pocos valoraban su trabajo. Tibón es precursor, o al menos, continuador de un redescubrimiento de México, de espacios mexicanos de todas las temporalidades, del gran mosaico que quiso y logró capturar con una actitud ejemplar de apertura y de apasionamiento. Esos dos ingredientes, que incluso aparecían en labores menores como la de ofrecer la etimología y los significados de patronímicos y apelativos fueron nota distintiva de ese hombre que, ya nonagenario, nos ofrece un recorrido por diferentes etapas de su vida y su experiencia guiado por la inquietud de Miguel Ángel Muñoz, curioso profesional, gracias a quien es posible recuperar a un hombre excepcional. ■